

Un ambicioso joven de Valaquia, los ángeles y la historia del mundo

Por: Julio Rodríguez

A Mircea Cărtărescu llegué por el azar. En un listado de 50 recomendados para una Feria del Libro de Bogotá aparecía en un puesto cualquiera *Solenoide* de Mircea Cărtărescu. Todo, de entrada, me atrapó. El nombre del autor que me llevaba a una tierra desconocida me atrajo al instante. Siempre he tenido una afición por los libros que solo con verlos no me dan muchas pistas y prometen descubrimiento. En este caso no era solo el nombre del autor, sino el título que, en ese momento, era para mí una palabra desconocida. Para completar, la portada era hermosa. Se trataba de una casa flotante algo descompuesta, de tres niveles, paredes de tabla y dos aparentes buhardillas. La casa flotaba sobre lo que parecían tres bóvedas de latón o hierro de las que desprendían tres escaleras sin un claro destino. La sinopsis ayudó, sin duda, e hipnotizado por lo que el libro prometía, lo compré días después. No volví a ser el mismo desde que descubrí a Cărtărescu, sin duda no lo soy desde que termino cualquiera de sus novelas, cuentos o poesía. Así las cosas, este primer párrafo es un descargo de responsabilidad y una obvia pero importante aclaración: tengo un sesgo evidente y no soy objetivo con la obra de Cărtărescu. La obsesión es real.

Evacuando el formalismo, también resalto que este breve escrito no es sobre *Solenoide* sino sobre *Theodoros*, una de sus más reciente novelas. La similitud, si es que existe, sería que en *Solenoide* el protagonista libra una batalla, constante, onírica y profunda, pero en un plano interno. En *Theodoros*, Cărtărescu saca a su personaje a navegar, trasciende fronteras, culturas, razas y religiones logrando un viaje y mezcla exquisita, pero que a fin de cuentas termina en donde todo siempre termina, en lo más profundo de nuestras almas. *Theodoros* fue una novela que logró llevarme a esa sensación que tuve desde de la primera lectura del autor, del mismo Mircea (¿o de cuál?, pregunta que creo se haría él mismo). A tener ese deslumbre *Cegador*. Este es un intento de poner en palabras lo que hace Cărtărescu con su inagotable capacidad para hacernos ver mientras nos deja ciegos.

La lectura de Cărtărescu exige, atrapa, cansa y pide un esfuerzo importante, concentración absoluta, pero vale la pena; pues al final, en menos de 60 páginas, quedamos desprovistos de razones, con insomnio y aturdimiento. Es como un sacudón. No la recomiendo para empezar a conocer al autor, pues no siento que sea sencilla y requiere haber explorado un poco la narrativa decorada pero a la vez cruda de Cărtărescu. Por ejemplo, *Nostalgia* es un buen comienzo; o como abre bocas de *Theodoros*, recomiendo leer primero la epopeya de *El Levante*. En otras palabras, si hubiera un gimnasio para libros, luego de una buena temporada de *El Levante* levantando pesas, habría salido convertido en *Theodoros*.

No puedo hablar del libro porque no tengo cómo. Me faltan recursos para poner en pocas palabras una historia tan fantástica. Sería inútil e infructuoso. Prefiero transmitir algo de la experiencia y recomendar el viejo. Cada uno lo disfrutará a su forma, o no.

Cuando termino una novela de Cărtărescu quedo con una extraña sensación de vacío y algo afectado, pero con ganas de más de eso. *Theodoros* fue, y creo que es, un camino difícil de recorrer, no voy a mentir. Tiende a ser una lectura ultra detallista, pero que se saborea si uno está dispuesto a recorrer esos caminos y mares del universo de Cărtărescu. Al terminar y salir de ese universo, la luz, esa densa masa *lechosa*, no es la misma. Eso sentí con *Theodoros*, narrada en tres grandes partes y 33 capítulos es como un triángulo. Es una obra geométrica que empieza en donde termina y luego nos traslada a otro plano, a otra dimensión. Geométrica como la mariposa de *Cegador* (Orbitor) y perfecta como el esférico Aleph de Borges.

El mismo autor aclara en una nota al final que este ha sido un “*proyecto de toda una vida*”, con apuntes de más de treinta años y un inmenso valor que le requirió para llevarlo a buen término. No en vano Cărtărescu asegura que “*Theodoros no es solo una novela. Es un mundo entero*”. Me atrevo a ir un poco más allá y asegurar que *Theodoros* es la novela del mundo entero. Es la historia de las historias, del hombre y del mundo, de la grandeza y la vanidad, de la ambición y la derrota; a fin de cuentas, de la Creación y del Juicio Final.

Es una novela escrita por los ángeles, en donde Cărtărescu enfrenta al lector con el autor, al lector con los personajes, a los personajes con Dios. Nos pone de frente para rendir cuentas y nos plantea el conocido interrogante de quién escribe la historia de nuestras vidas. Todas las vidas son una historia y somos actores de reparto en unas y protagonistas en otras. Es como si nos sacaran los ojos y con esos mismos ojos nos miramos desde arriba. Desde afuera, leyendo la novela, leyendo la novela, leyendo la novela. El azar no existe en el universo de Mircea Cărtărescu, todo está escrito y se escribe, a su vez, en tiempo real *ad infinitum*.

En el pellejo de *Theodoros* nos reconocemos ambiciosos, cansados pero con ansias de más; como cuando casi con nuestras propias manos tocamos o tenemos la ilusión de llegar al fruto prohibido:

“Para avanzar entonces más rápido enderezaste las piernas y el cuerpo como una flecha y estiraste la mano derecha todo lo posible hacia el Arca. Cuando la tocaste con la punta de los dedos, te quemó como un fogón encendido. Pero, arrebatado por tu alegría delirante e insensata, no reparaste siquiera en la quemadura porque tenías los ojos desorbitados y las babas se te escurrían por el pecho en un raptó de pasión devastadora. Agarraste, con las palmas quemadas los querubines de oro, tiraste de ellos como un loco hasta que se te desolló la piel de las manos y, con un ímprobo esfuerzo, levantaste la pesada tapa de oro repujado para mirar en su interior. Era como si hubieras roto tu propia caja torácica con las manos ensangrentadas para poder ver tu corazón latiendo dentro de su membrana”.

Es agotador, mágico, perturbador y aterrador. Es enfrentarnos a nuestros demonios y morir para contarle de la mano de los ángeles.

27.02.2026

Lo que hace Cărtărescu es un grito literario. Nos dice cuál es el final de su protagonista en las primeras páginas, nos lleva en un viaje largo y fantástico hasta llegar al conocido final. Pero la novela no está allí, está en el *post mortem* y en un plano metafísico. En lo mágico e inexplicable pero que se logra arañar con palabras. *Theodoros* no solo nos expone a chupar de la golosina para llegar al prometido centro; es chupar, llegar al centro y morder el agri dulce corazón. Ese *crack* que hace la mordedura, eso y justo eso, es *Theodoros*.